

Decía Leila Guerriero en una entrevista que la posibilidad de contar la historia de Labayru le llegó por sugerencia de un amigo y también se podría decir que casualidad o azar, ya que a partir de ahí comenzó a investigar y desarrollar la historia. El cautiverio, tortura y violaciones que sufrió Silvia Labayru son una muestra de la arbitrariedad de la dictadura, que trató de *reeducarla* y *recuperarla*. No sabía qué límites tenía, cuál iba a ser el siguiente paso ni, sobre todo, por qué ella se salvó y los demás no.

Sea como fuere, queda el retrato de una persona que, junto con otras supervivientes, consiguió que también, tiempo después, se incluyera en nuevos juicios la violación como delito y que no se olvidaran esos crímenes. Y queda, finalmente, el retrato de alguien que va más allá de lo que unos y otros querían de ella. —PEDRO MORENO PÉREZ.

Leila Guerriero, *La llamada. Un retrato*, Barcelona, Anagrama, 2024.

Relato extraordinario de unas vidas corrientes

«**L**AS hermanas vivían tranquilas, hechas a las ausencias, a un silencio parecido al acoplamiento natural de las frutas en una banasta de la que se han extraído varias piezas». Esta pincelada con aire de bodegón contiene el tono de la última entrega narrativa de Enrique Andrés Ruiz (Soria, 1961). *Las señoritas*, su segunda novela, llega a las librerías inmediatamente después de la melancólica y luminosa al mismo tiempo *Los montes antiguos*, con la que el autor dejó constancia de su sabiduría narrativa después de una consistente trayectoria como poeta.

Ellas, las señoritas, son Mercedes, la hermana mayor, que ante la prematura muerte de la madre ha renunciado a su vida para ocupar su lugar; la atractiva Dedi que, a su manera y desde una especie de inteligencia tranquila, intentará traspasar los estrechos límites en los que se desarrollan las vidas de las mujeres de su tiempo y la pequeña Emi, siempre en guardia frente a la insignificancia a la que le relega la jerarquía familiar. El cuarteto protagonista se completa con Charo, la amiga de pelo corto, «a lo chico», como se decía en una expresión hoy en desuso, que trae de la capital cada verano un aire distinto.

En segundo plano las primas Asun y Mila y aún más lejanos, amigos, maridos, hijos. Las ausencias son las de los padres y hermanos.

El tiempo de *Las señoritas* es el de la posguerra española y las décadas siguientes. El lugar, aunque el autor ha evitado consignarlo intencionadamente, no es difícil imaginar que es Soria, su Soria natal. Si bien esta vez no son los montes cercanos y antiguos, Valonsadero y alrededores, el paisaje del cuadro como en su anterior novela sino la ciudad, una capital de provincias como otra cualquiera de su tiempo. Anclada en costumbres y normas férreas que atenazan vidas y haciendas, pero sobre todo que constriñe la vida de las mujeres. Sobre el plano de calles y barrios, iglesias y comercios, centros y afueras deambulan deseos insatisfechos, costumbres incontestadas, rutinas cómodas y tristes como unos zapatos usados.

La novela comienza con una escena aparentemente banal. Las hermanas y su amiga están en la casa familiar una tarde de verano pintándose las uñas de los pies: «La espalda arqueada, la vista fija sobre los dedos abiertos por algodones. Ya no son jóvenes, al menos para la mirada de los otros. Ellas lo saben a medias, no lo quieren saber».

La escena recuerda (me viene a la memoria) el cuadro *Tertulia* que Ángeles Santos pintó en 1929 y que refleja a cuatro mujeres en relajada intimidad leyendo y fumando, y en el que solo una de ellas mira «a cámara» en una actitud casi retadora,

un cuadro relacionado con la Nueva Objetividad alemana. Y es que al igual que ese movimiento artístico de entreguerras imponía una especie de vuelta al orden tras los «excesos» del expresionismo aunque sin renunciar en sus maneras a ciertos modos de las primeras vanguardias, así la novela de Enrique Andrés Ruiz rompe la manera realista de su construcción con el más abstracto tratamiento del tiempo. Rompe la linealidad para ir componiendo el relato a bases de idas y venidas como manchas de color discontinuas sobre un lienzo.

De esta forma, vamos conociendo a las protagonistas, con pequeñas pinceladas que avanzan y retroceden por años y décadas, el transcurso de unas vidas corrientes. Así se construye la novela como puzzle, cuyas piezas van encajando hacia la imagen final que no es definitiva porque, como en su anterior novela, aquí nada concluye. Al fin y al cabo, en el relato no importan tanto los acontecimientos, de hecho escasamente relevantes, sino la manera en que los viven sus protagonistas, su forma de asumirlos como se asume el paso de los días, la llegada de las estaciones, la vejez... Noviazgos, matrimonios, trabajos y estudios, maternidad, decepciones...

Hay algo muy visual en la escritura de este autor, rasgo este que es imposible no relacionarlo con su otra actividad: la de crítico de arte y ensayista. Lo había en *Los montes antiguos* con esas minuciosas descripciones del paisaje rural, apuntaladas por un rico vocabulario lleno de términos rela-

cionados tanto con el mundo natural como con las faenas del campo y un modo de vida tan en peligro de extinción como los términos que le daban carta de naturaleza.

Lo hay en *Las señoritas*. Y esa relación con el arte se vuelve explícita en las visitas de Dedi al estudio del pintor Xisco o en el diálogo sobre la función y la esencia del arte entre Dedi y Charo a propósito de la figurilla arcaica de una gacela de una belleza simple pero exacta que emociona a la primera. De la misma manera, una fugaz aparición de un personaje, una especie de ermitaña, Inge, apenas entrevista en una excursión de Dedi y sus hermanos sirve para establecer una de las claves de la novela: «Para ser eficaces, las imágenes han de ser pocas, su escasez debe mantenerse a raya. La profusión de las representaciones y las figuras acaban con los sueños, los sutura, no los deja respirar. Lo más importante de las imágenes, como de las palabras, el vacío entre ellas».

Esos vacíos, esos silencios, sugieren más que determinan. Y son la

puerta de entrada útil para que el lector complete las elipsis con sus propias experiencias, con el conocimiento de un tiempo pasado, afortunadamente habría que decir para la vida de las mujeres. Por distantes que sean las circunstancias, algo nos concierne en el relato. Un relato apegado a una tristeza que sin embargo no empaña la fuerza y el interés de la historia.

No es fácil hablar de lo pequeño, ya sea un objeto, un encuentro trivial con un viejo conocido o un deseo apenas esbozado aportando relieve y profundidad al relato. El autor muestra una vez más su capacidad para mostrar los pliegues de la realidad por insignificante que parezca. Vidas corrientes iluminadas por la palabra certera esa que da color que detiene el instante en el que la vida corriente puede ser extraordinaria. Tan extraordinaria y común como cualquier vida. —ANGÉLICA TANARRO.

Enrique Andrés Ruiz, *Las señoritas*, Cáceres, Periférica, 2024.

La herencia moral

LA novela con la que el escritor y periodista Sergio del Molino (Madrid, 1979) ganó el Premio Alfaguara 2024 retoma un

episodio histórico sobre el que ya había escrito e investigado desde su faceta de periodista: los alemanes del Camerún, colonos en el Camerún,